

ESTE DIARIO

SE PUBLICA

POR SU TIPOGRAFIA A VAPOR

Calle del Cerrito 84

# EL BIEN PÚBLICO

DIARIO DE LA MAÑANA

REDACCION Y ADMINISTRACION, CERRITO 84

DIRECTOR—JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

AVISOS Y SOLICITADAS HASTA LAS 6 DE LA TARDE

SUSCRICION

Por un mes . . . . . \$ 1 50  
Un número del día . . . . . 0 10  
Un número atrasado . . . . . 0 20

## Almanaque

Martes 23 Santos Demétrio, Nicolás y Floro.  
El sol sale a las 4.55; se pone a las 7.5.

## EL BIEN PÚBLICO

MONTEVIDEO, DICIEMBRE 23 DE 1879

### El Gobierno del pueblo

El colega con quien hemos tenido el honor de seguir una polémica en el terreno en que él ha querido, sabe perfectamente que no nos arrepentiremos de continuarla ahora que hemos prometido probarle que, si bien hay incompatibilidad entre la Iglesia y el liberalismo, no lo hay entre aquella y la democracia.

Afirmar sin embargo que teme que nos arrepintamos; pero esos son recursos que no extrañamos. Los hechos desmentirán el temor de él colega.

Aunque no fuera por la polémica empeñada que creemos que *El Siglo* no se agota con la profundidad que el tema lo exige, nos felicitamos de tenerla en tabla pues nos dará ocasión de exponer los principios del derecho público cristiano, base del de todas las naciones que son cultas por cuanto son cristianas.

El gobierno del pueblo por el pueblo. La soberanía popular.

Precisemos la cuestión y estudiemos con la calma que el asunto exige.

Tuvimos el honor no ha mucho tiempo de tratar a un ilustre prelado americano, ilustre por su ciencia por sus virtudes y por la inequívoca entereza de su carácter.

Invitado a concurrir al gran Concilio del Vaticano convocado por Pío IX, en el que todo el orbe católico tenía su representación en un miembro o mas de las mas notables de su episcopado, se declaró *repúblicano* en el seno de un consejo particular de obispos europeos. No pudieron estos disimular su extrañeza, pero expuestos por el ilustre obispo americano los principios democráticos en que se basa la república, hubo perfecta uniformidad de opiniones en el seno del concilio.

¡Concibe nuestro estimable colega en que se basaba la repugnancia a aceptar el régimen republicano que los americanos adoptamos al hacernos independientes como el único legítimo aplicable a nuestro libre continente!

Es precisamente porque en Europa se ha querido hacer la confusión que ha querido hacer *El Siglo*. Porque han querido que democracia y liberalismo sean una misma cosa, con lo que se prostituye la santa idea de democracia que es una de las formas de que Dios tiene única de autoridad se vale para encarnar en uno o más individuos esa necesidad social, esa idea inherente al principio de sociabilidad que se llama *poder público*.

¡Sabe nuestro estimable colega por qué en Europa inspira repulsió repulsió muchas veces el régimen republicano!

Porque a esa idea van unidos sangrientos recuerdos, tristes memorias de crímenes, de atropellos contra la propiedad, contra la vida, contra todo orden y todo culto y toda ley.

Porque una de las formulas de la República que se ha querido implantar en España ha sido «ahorrar el último sacerdote con los intestinos del último rey» cuyo efecto arrebatando a aquellos sus propiedades, los arrojaban de los balcones de sus conventos, y cantaban en torno de la hoguera miserablemente llamada republicana, el himno de la libertad para el mal y el desenfreno.

Porque una de las formulas de la república en Francia era la *diosa razón* impudica cantinera colocada sobre las ruinas de los altares profanados.

Porque la república era fraguada en Italia en los antros de los carbonarios que decretaban muertes secretas, para quienes fueran obstáculo a sus planes; muertes que tenían que hacer efectivos los que se habían ligado a las tremendas logias con terribles juramentos y bajo pena de muerte también.

Porque la idea republicana ha engendrado en Europa el regicidio, la esfer-

rescencia de las masas ignorantes e inconscientes que se han abrazado frenéticamente al socialismo y la internacional.

¡Conoce esos hechos el ilustrado redactor de *El Siglo*!

Debe conocerlos porque son públicos y notorios; y si se negaran, muy fácil sería hacer que se levantarán de sus tumbas las ilustres víctimas del carbonarismo en Italia, del Terror y la Comuna en Francia, del rojismo en España, del liberalismo frenético en el mundo, para que dijieran a gritos herido lo que el liberalismo ha entendido por libertad, igualdad, fraternidad, democracia, república.

Si *El Siglo* se empeñara podríamos hacer hablar a esas sombras ensangrentadas que giran en este momento en torno de nuestra memoria.

### II

Esos hechos, estimable colega, han hecho que se prostituyan ciertas formulas que, bien interpretadas, no tienen otro defecto que el haber sido escritas en las banderas rojas de turbas sedientas de vino y sangre.

¡Soberanía popular! ¡Gobierno del pueblo por el pueblo!

Nos da una definición muy vaga el estimable colega; y esperándola le dimos nosotros la nuestra que calificó nuestro colega de enrevesada y matemática.

Si la soberanía popular quiere decir que es legítimo el sistema según el cual el modo de determinarse el poder público en una o más personas, es la elección del pueblo, aceptamos esa soberanía, aunque tachando la palabra de inexacta.

El pueblo en ese caso no es el soberano; el soberano es el individuo del pueblo en quien recaiga la elección de sus ciudadanos, sin que esto quiera decir que la soberanía que ha investido la persona nombrada haya radicado esencialmente en el pueblo.

¡El pueblo es soberano por cuanto puede elegir una persona que lo mande! Es cierto. El pueblo eligiendo ejerce un acto accidentalmente inherente a la soberanía en el régimen democrático.

¡Quiere eso decir que el conjunto del pueblo es esencialmente el soberano? No; y decimos no en nombre de la igualdad y de la dignidad humanas.

Si el poder público no tiene nada mas que el hombre lo ha dado un hombre o diez hombres o mil hombres, nadie tiene obligación en conciencia de obedecer a ese poder.

Un hombre es igual a otro hombre, y estos dos son iguales a un millón de hombres que vivan a su lado. Las relaciones entre hombre y hombre solo pueden ser de igualdad.

Solo hay relaciones de inferioridad entre el hombre y Dios. Solo ante Dios puede el hombre doblar la frente sin depresión de su personalidad inteligente y libre.

¡Cómo pues puede un conjunto de hombres a quienes ligan relaciones de igualdad crear relaciones de superior a inferior! ¡Cómo puede someterse a un hombre a reconocer un superior por la voluntad de sus iguales!

No puede ser. El principio de la soberanía popular entendido de ese modo deprime evidentemente la personalidad y la dignidad humanas, imponiéndoles dependencias que no están con su naturaleza libre.

### III

He aquí cómo la verdadera democracia, el gobierno del pueblo por el pueblo, por cuanto esa fórmula nada dice, sin depresión del hombre, con sujeción a las leyes naturales y divinas está solo en el derecho público cristiano que vino al mundo a romper las cadenas del esclavo, a levantar la abatida personalidad de la mujer y a establecer la libertad e igualdad verdaderas entre los hombres.

He aquí como la doctrina católica vela por los fueros inalienables del hombre, sostiene la igualdad de la naturaleza humana y no reconociendo relaciones de supremacía entre hombre y hombre, no reconociendo poder del hombre sobre el

hombre, escribe en sus páginas dogmáticas: TUDO PODER VIENE DE DIOS.

He aquí en que consiste ese poder divino de los reyes que que quiza nos habría mañana el *Siglo* si no lo precedieran al respecto. Divino es el origen del poder de los reyes, como el de los presidentes de las repúblicas como el de los antiguos patriarcas.

Y por que es divino por eso lo acatamos los católicos; si no lo fuera no hay obligación ni puede haberla de doblar la frente ante un hombre ni ante un millón de hombres que quieran delegar en una facultad sobre nuestras acciones y sobre nuestra conciencia que no tienen ni pueden tener.

El hombre es por naturaleza social. No creemos que *El Siglo* acepte el pacto de Rousseau.

Es pues mandato de Dios el ser social, por cuanto es ley natural, que no es otra que la grabada por el creador en el alma de la criatura inteligente.

La sociabilidad es pues de origen divino. Diremos pues: «toda sociabilidad viene de Dios».

Siendo el poder público necesario a la sociabilidad, parte integrante de esta es fuera de duda que debemos sentar la verdad de que: «El poder público es de origen divino». Todo poder viene de Dios.

Considerado así el poder público, no hay depresión de la personalidad humana en acatarlo; la igualdad de los hombres está salvada.

Esa necesidad natural de la sociedad, esa parte inherente al principio de sociabilidad que se llama poder público es fuerza que se determine en uno o mas hombres.

El medio que señala el sistema democrático para determinarla es la elección popular, y este es un medio plenamente legítimo y que no solo no es contrario a la doctrina católica, sino que está en la mas perfecta consonancia con ella.

No nos probará *El Siglo* lo contrario. Y hemos sentado que el principio católico es el único que sostiene la verdadera democracia, por cuanto vela por los fueros de la personalidad humana, deprimida por los que en el principio de la soberanía popular liberalesmente interpretado anulan la igualdad de los hombres y desfiguran la libertad.

Hemos vuelto estimable colega de *El Siglo* al punto de partida.

La doctrina católica condena al liberalismo y lo condena por que prostituye la democracia.

No olvido el estimable colega que en nosotros tiene víctimas dispuestas al sacrificio, pues según él la discusión es nuestra muerte.

Queremos discusión.

Entre *El Siglo* y nosotros están nuestros lectores.

### Nunca es tarde

Los hechos son la piedra de toque de la verdad; son el mejor medio de prueba; producen casi siempre la luz de una plena prueba.

No ha mucho tiempo aún que el Gobierno elevó a la categoría de ley su proyecto relativo a la rebaja del 42 p. de impuesto que pesaba sobre las patentes comerciales, con el propósito laudable, a no dudarlo, de liberalizar las leyes comerciales del país y propender por ese medio a dar vida y movimiento al comercio.

Fué acertada la medida? No es tiempo ya de discutir esta cuestión. Nadase avanzaría con remover innecesariamente los hechos consumados. Sin embargo, es indudable que no, porque los hechos se han encargado de probarlo. Al rehuir el comercio a la rebaja del impuesto nos dice: puedo soportar tal gravamen sin perjuicio de mis intereses, al menos mientras se haga acertada inversión de lo que él produzca.

Y con razón, por que es indudable que la fuerte rebaja del 50 p. sobre los derechos de Aduana tan acertadamente decidida por el gobierno, ponía al comercio en la situación de poder soportar fácilmente el impuesto de patentes.

He aquí todo lo que comprendimos a primera vista, y por eso desde que conjuntos iremos a casa. Nada me digas ahora, que no te convendrá hablar. Lugar habrá para que me edifies porque causa te he hallado.

Alberto que se había manifestado en su semblante sorprendido desde que conocí que me iba a visitar, me dijo: «¿Por qué me has llamado? ¿Por qué me has llamado? ¿Por qué me has llamado?»

Beatriz se retiró para mudarse de ropa, y a los pocos minutos seguía a Juan de Dios, camino del hospital.

### CAPITULO XIV.

EN EL QUE SE VE A QUE GRADO DE FINGIMIENTO PUEDE LLEGAR LA MUJER DEPRAVADA.

Beatriz llegó al hospital y se instaló inmediatamente al lado de su esposo.

Al verle se abrazó a él imprimiendo en su rostro besos fervientes, al tiempo mismo que demostraba experimentar un vivo dolor.

Alberto abrió los ojos.

«No se había apartado de su mente el recuerdo de Victoria».

Creyó que era ella misma la mujer que tenía al lado, y exclamó:

«¿Beatriz seas! Vienes a consolarme a quien tanto te he hecho sufrir, ¿Beatriz seas!»

Comprendió Juan de Dios el qué pro quo, y de desear evitar caritativamente un disgusto a Beatriz, se dirigió al herido, hablándole de esta manera:

«Vuestra esposa ha tenido una sorpresa extraordinaria al ver a Beatriz, la desgracia que os ha sucedido aquí, y se ha propuesto asistir y no separarse de vuestra cabecera, hasta tanto que estéis en disposición de ser trasladado a vuestra casa».

Beatriz por su parte, añadió:

«¿Cuán grande ha sido mi amargura al saber que te habías herido, no tengo palabras con que poder explicarte! Pero aquí me tienes a tu lado para prodigarte mis cuidados. Dios quiera que pronto te encuentres aliviado, y entonces,

Nada habría por consiguiente mas ventajoso que dedicar una parte de la reducción del impuesto en cuestión a la colonización e inmigración del país, sin aplicación alguna y lejos de limitarse a hacer esa deducción, con perjuicio de las entradas fiscales y con beneficio de nadie».

Pero en fin, no se hizo.

Ello es que, como vimos anteriormente, el comercio penetrado con inteligencia de su propio interés solicitó del gobierno que la rebaja del 42 p. de las patentes se dedicara al fomento de la inmigración. Hemos visto también los beneficios que del resultado favorable de esa solicitud del comercio habría reportado el país y la manera como el gobierno habría podido colocarse cómodamente entre ella y los principios constitucionales que con un escrúpulo tal vez exagerado, pero no reprehensible, se propuso respetar.

Intil sería por consiguiente tomar sobre lo mismo.

Dando pues de mano al pasado creemos del caso buscar en el presente el arbitrio que salve la dificultad de acceder a la solicitud del comercio—cuyas beneficias miras exceden a la exageración delotológico—de una manera conciliatoria con el mencionado decreto gubernativo que sobre ella ha recaído.

He aquí una ocasión útil de resultados prácticos en que las elucubraciones de la prensa, muchas veces aéreas, pudieran concretarse beneficiosamente para el país. Ella que tal vez con los mejores propósitos se convierte a veces en una catarsis de proyectos y de reformas semejante a la de *Flegelon*, podría derramar ahora todas sus creces sobre el asunto que nos ocupa, aunque saliera de madre, segura de no ahogar sinó por el contrario de fertilizarlo, y con él la prosperidad del país, ya que el país a gritos pide en general y el comercio en particular, inmigración y mas inmigración.

Debiera el gobierno enmendar su decreto con otro posterior que lo derogara?

Es el comercio quien debe volver sobre lo mismo?

Francamente, ninguno de los dos caminos encontramos interceptados por insuperables inconvenientes, pero creemos que el segundo es mas liso, que el primero.

¡Por qué si el comercio ha tenido tan patriótica inspiración no podía encargarse de coronar su obra con el éxito allanando los inconvenientes que encontrara en su tránsito!

¡Porque no podía decirse: si el simple celo del gobierno por las prácticas constitucionales, por el rigor de la lógica administrativa de circunscribir la concepción a la cosa pedida, le ha obligado, tal vez a su pesar, a no acceder llanamente a nuestra solicitud, volvamos sobre ella, en diferente forma?

¡Que valla se presenta para que el comercio solicite del gobierno que, una cantidad equivalente al 42 p. de rebaja del impuesto de patentes, le permita poner en sus manos para dedicarlos al aumento de la población? Cuestión de iniciativa, cuestión de forma.

Y si el comercio se mostrara de pronto renuente para sacar ante su benéfico pensamiento, una Comisión cualesquiera debía acercarse a él para impulsarla en el sentido que nos ocupa. Y el comercio accedería gustoso, por que es preciso tomar en cuenta que si es útil su proyecto al país, no lo es menos a él mismo. Que provecho reportaría de que no solo se rebajaran las patentes sino de que se suprimieran; que no solo se disminuyera el 50 p. de los derechos aduaneros sino que se suprimiera la Aduana, llevando así a su última expresión el principio sapientísimo del *libre cambio*; que se le costeara todavía el flete marítimo de sus mercaderías desde Europa, si resultaba que en Montevideo no tenían estas demanda, si la soledad se hacía, como ahora, en torno de sus almacenes y tiendas?

He ahí todo lo que comprendimos a primera vista, y por eso desde que conjuntos iremos a casa. Nada me digas ahora, que no te convendrá hablar. Lugar habrá para que me edifies porque causa te he hallado.

Alberto que se había manifestado en su semblante sorprendido desde que conocí que me iba a visitar, me dijo: «¿Por qué me has llamado? ¿Por qué me has llamado? ¿Por qué me has llamado?»

Beatriz se retiró para mudarse de ropa, y a los pocos minutos seguía a Juan de Dios, camino del hospital.

Beatriz llegó al hospital y se instaló inmediatamente al lado de su esposo.

Al verle se abrazó a él imprimiendo en su rostro besos fervientes, al tiempo mismo que demostraba experimentar un vivo dolor.

Alberto abrió los ojos.

«No se había apartado de su mente el recuerdo de Victoria».

Creyó que era ella misma la mujer que tenía al lado, y exclamó:

«¿Beatriz seas! Vienes a consolarme a quien tanto te he hecho sufrir, ¿Beatriz seas!»

Comprendió Juan de Dios el qué pro quo, y de desear evitar caritativamente un disgusto a Beatriz, se dirigió al herido, hablándole de esta manera:

«Vuestra esposa ha tenido una sorpresa extraordinaria al ver a Beatriz, la desgracia que os ha sucedido aquí, y se ha propuesto asistir y no separarse de vuestra cabecera, hasta tanto que estéis en disposición de ser trasladado a vuestra casa».

Beatriz por su parte, añadió:

«¿Cuán grande ha sido mi amargura al saber que te habías herido, no tengo palabras con que poder explicarte! Pero aquí me tienes a tu lado para prodigarte mis cuidados. Dios quiera que pronto te encuentres aliviado, y entonces,

¡Porque no podía decirse: si el simple celo del gobierno por las prácticas constitucionales, por el rigor de la lógica administrativa de circunscribir la concepción a la cosa pedida, le ha obligado, tal vez a su pesar, a no acceder llanamente a nuestra solicitud, volvamos sobre ella, en diferente forma?

¡Que valla se presenta para que el comercio solicite del gobierno que, una cantidad equivalente al 42 p. de rebaja del impuesto de patentes, le permita poner en sus manos para dedicarlos al aumento de la población? Cuestión de iniciativa, cuestión de forma.

Y si el comercio se mostrara de pronto renuente para sacar ante su benéfico pensamiento, una Comisión cualesquiera debía acercarse a él para impulsarla en el sentido que nos ocupa. Y el comercio accedería gustoso, por que es preciso tomar en cuenta que si es útil su proyecto al país, no lo es menos a él mismo. Que provecho reportaría de que no solo se rebajaran las patentes sino de que se suprimieran; que no solo se disminuyera el 50 p. de los derechos aduaneros sino que se suprimiera la Aduana, llevando así a su última expresión el principio sapientísimo del *libre cambio*; que se le costeara todavía el flete marítimo de sus mercaderías desde Europa, si resultaba que en Montevideo no tenían estas demanda, si la soledad se hacía, como ahora, en torno de sus almacenes y tiendas?

He ahí todo lo que comprendimos a primera vista, y por eso desde que conjuntos iremos a casa. Nada me digas ahora, que no te convendrá hablar. Lugar habrá para que me edifies porque causa te he hallado.

Alberto que se había manifestado en su semblante sorprendido desde que conocí que me iba a visitar, me dijo: «¿Por qué me has llamado? ¿Por qué me has llamado? ¿Por qué me has llamado?»

Nada habría por consiguiente mas ventajoso que dedicar una parte de la reducción del impuesto en cuestión a la colonización e inmigración del país, sin aplicación alguna y lejos de limitarse a hacer esa deducción, con perjuicio de las entradas fiscales y con beneficio de nadie».

Pero en fin, no se hizo.

Ello es que, como vimos anteriormente, el comercio penetrado con inteligencia de su propio interés solicitó del gobierno que la rebaja del 42 p. de las patentes se dedicara al fomento de la inmigración. Hemos visto también los beneficios que del resultado favorable de esa solicitud del comercio habría reportado el país y la manera como el gobierno habría podido colocarse cómodamente entre ella y los principios constitucionales que con un escrúpulo tal vez exagerado, pero no reprehensible, se propuso respetar.

Intil sería por consiguiente tomar sobre lo mismo.

Dando pues de mano al pasado creemos del caso buscar en el presente el arbitrio que salve la dificultad de acceder a la solicitud del comercio—cuyas beneficias miras exceden a la exageración delotológico—de una manera conciliatoria con el mencionado decreto gubernativo que sobre ella ha recaído.

He aquí una ocasión útil de resultados prácticos en que las elucubraciones de la prensa, muchas veces aéreas, pudieran concretarse beneficiosamente para el país. Ella que tal vez con los mejores propósitos se convierte a veces en una catarsis de proyectos y de reformas semejante a la de *Flegelon*, podría derramar ahora todas sus creces sobre el asunto que nos ocupa, aunque saliera de madre, segura de no ahogar sinó por el contrario de fertilizarlo, y con él la prosperidad del país, ya que el país a gritos pide en general y el comercio en particular, inmigración y mas inmigración.

Debiera el gobierno enmendar su decreto con otro posterior que lo derogara?

Es el comercio quien debe volver sobre lo mismo?

Francamente, ninguno de los dos caminos encontramos interceptados por insuperables inconvenientes, pero creemos que el segundo es mas liso, que el primero.

¡Por qué si el comercio ha tenido tan patriótica inspiración no podía encargarse de coronar su obra con el éxito allanando los inconvenientes que encontrara en su tránsito!

¡Porque no podía decirse: si el simple celo del gobierno por las prácticas constitucionales, por el rigor de la lógica administrativa de circunscribir la concepción a la cosa pedida, le ha obligado, tal vez a su pesar, a no acceder llanamente a nuestra solicitud, volvamos sobre ella, en diferente forma?

¡Que valla se presenta para que el comercio solicite del gobierno que, una cantidad equivalente al 42 p. de rebaja del impuesto de patentes, le permita poner en sus manos para dedicarlos al aumento de la población? Cuestión de iniciativa, cuestión de forma.

Y si el comercio se mostrara de pronto renuente para sacar ante su benéfico pensamiento, una Comisión cualesquiera debía acercarse a él para impulsarla en el sentido que nos ocupa. Y el comercio accedería gustoso, por que es preciso tomar en cuenta que si es útil su proyecto al país, no lo es menos a él mismo. Que provecho reportaría de que no solo se rebajaran las patentes sino de que se suprimieran; que no solo se disminuyera el 50 p. de los derechos aduaneros sino que se suprimiera la Aduana, llevando así a su última expresión el principio sapientísimo del *libre cambio*; que se le costeara todavía el flete marítimo de sus mercaderías desde Europa, si resultaba que en Montevideo no tenían estas demanda, si la soledad se hacía, como ahora, en torno de sus almacenes y tiendas?

He ahí todo lo que comprendimos a primera vista, y por eso desde que conjuntos iremos a casa. Nada me digas ahora, que no te convendrá hablar. Lugar habrá para que me edifies porque causa te he hallado.

Alberto que se había manifestado en su semblante sorprendido desde que conocí que me iba a visitar, me dijo: «¿Por qué me has llamado? ¿Por qué me has llamado? ¿Por qué me has llamado?»

Beatriz se retiró para mudarse de ropa, y a los pocos minutos seguía a Juan de Dios, camino del hospital.

Beatriz llegó al hospital y se instaló inmediatamente al lado de su esposo.

Al verle se abrazó a él imprimiendo en su rostro besos fervientes, al tiempo mismo que demostraba experimentar un vivo dolor.

Alberto abrió los ojos.

«No se había apartado de su mente el recuerdo de Victoria».

Creyó que era ella misma la mujer que tenía al lado, y exclamó:

«¿Beatriz seas! Vienes a consolarme a quien tanto te he hecho sufrir, ¿Beatriz seas!»

Comprendió Juan de Dios el qué pro quo, y de desear evitar caritativamente un disgusto a Beatriz, se dirigió al herido, hablándole de esta manera:

«Vuestra esposa ha tenido una sorpresa extraordinaria al ver a Beatriz, la desgracia que os ha sucedido aquí, y se ha propuesto asistir y no separarse de vuestra cabecera, hasta tanto que estéis en disposición de ser trasladado a vuestra casa».

Beatriz por su parte, añadió:

«¿Cuán grande ha sido mi amargura al saber que te habías herido, no tengo palabras con que poder explicarte! Pero aquí me tienes a tu lado para prodigarte mis cuidados. Dios quiera que pronto te encuentres aliviado, y entonces,

¡Porque no podía decirse: si el simple celo del gobierno por las prácticas constitucionales, por el rigor de la lógica administrativa de circunscribir la concepción a la cosa pedida, le ha obligado, tal vez a su pesar, a no acceder llanamente a nuestra solicitud, volvamos sobre ella, en diferente forma?

¡Que valla se presenta para que el comercio solicite del gobierno que, una cantidad equivalente al 42 p. de rebaja del impuesto de patentes, le permita poner en sus manos para dedicarlos al aumento de la población? Cuestión de iniciativa, cuestión de forma.

Y si el comercio se mostrara de pronto renuente para sacar ante su benéfico pensamiento, una Comisión cualesquiera debía acercarse a él para impulsarla en el sentido que nos ocupa. Y el comercio accedería gustoso, por que es preciso tomar en cuenta que si es útil su proyecto al país, no lo es menos a él mismo. Que provecho reportaría de que no solo se rebajaran las patentes sino de que se suprimieran; que no solo se disminuyera el 50 p. de los derechos aduaneros sino que se suprimiera la Aduana, llevando así a su última expresión el principio sapientísimo del *libre cambio*; que se le costeara todavía el flete marítimo de sus mercaderías desde Europa, si resultaba que en Montevideo no tenían estas demanda, si la soledad se hacía, como ahora, en torno de sus almacenes y tiendas?

He ahí todo lo que comprendimos a primera vista, y por eso desde que conjuntos iremos a casa. Nada me digas ahora, que no te convendrá hablar. Lugar habrá para que me edifies porque causa te he hallado.

Alberto que se había manifestado en su semblante sorprendido desde que conocí que me iba a visitar, me dijo: «¿Por qué me has llamado? ¿Por qué me has llamado? ¿Por qué me has llamado?»

Nada habría por consiguiente mas ventajoso que dedicar una parte de la reducción del impuesto en cuestión a la colonización e inmigración del país, sin aplicación alguna y lejos de limitarse a hacer esa deducción, con perjuicio de las entradas fiscales y con beneficio de nadie».

Pero en fin, no se hizo.

Ello es que, como vimos anteriormente, el comercio penetrado con inteligencia de su propio interés solicitó del gobierno que la rebaja del 42 p. de las patentes se dedicara al fomento de la inmigración. Hemos visto también los beneficios que del resultado favorable de esa solicitud del comercio habría reportado el país y la manera como el gobierno habría podido colocarse cómodamente entre ella y los principios constitucionales que con un escrúpulo tal vez exagerado, pero no reprehensible, se propuso respetar.

Intil sería por consiguiente tomar sobre lo mismo.

Dando pues de mano al pasado creemos del caso buscar en el presente el arbitrio que salve la dificultad de acceder a la solicitud del comercio—cuyas beneficias miras exceden a la exageración delotológico—de una manera conciliatoria con el mencionado decreto gubernativo que sobre ella ha recaído.

He aquí una ocasión útil de resultados prácticos en que las elucubraciones de la prensa, muchas veces aéreas, pudieran concretarse beneficiosamente para el país. Ella que tal vez con los mejores propósitos se convierte a veces en una catarsis de proyectos y de reformas semejante a la de *Flegelon*, podría derramar ahora todas sus creces sobre el asunto que nos ocupa, aunque saliera de madre, segura de no ahogar sinó por el contrario de fertilizarlo, y con él la prosperidad del país, ya que el país a gritos pide en general y el comercio en particular, inmigración y mas inmigración.

Debiera el gobierno enmendar su decreto con otro posterior que lo derog











